

El drama calderoniano que recoge el episodio se está representando, recién urdido, en un «corral». Lo presencia, de pie, una abigarrada multitud de espectadores que han seguido atenta, interesadamente, el desarrollo de las escenas. La sutileza dramática, la fuerza de la tragedia, el énfasis de los actores, han mantenido viva la expectación; los largos parlamentos, las menudas actuaciones, han sido escuchados con diferente silencio. En el transcurso de la representación, el cielo de la tarde se ha ido, poco a poco, empalideciendo. Y cuando éste ofrece una tonalidad lechosa, con algo de arrebol por el poniente, la función teatral concluye. Al salir, el espectador de la obra, el espectador sensible, saldrá del corral de comedias con una obsesión taladrándole el sentimiento. Parece que así, sencillamente, fué concluida la tragedia real. Castigado está el desafuero, reparado el honor; pero en el desbordamiento pasional, un alma femenina ha sentido una escisión de imposible sutura; ni siquiera la posterior mano caritativa del «daño moral» de la Ley habría podido restañar la ofensa de Isabel. La cruenta satisfacción del agravio, que apacigua la cólera paterna puede reverdecer la arrogancia genealógica del altivo labriego, pero la arrogancia femenina, de tan sutil, delicada esencia, no vuelve a su punto primitivo. El pecho de Isabel, pecho de moza en cabellos, fanal irisado de ilusiones juveniles, arañado queda; el pulimento no es posible, siempre habrá un hálito fuerte, montaraz, empañando su tersura...

Este sería, en su tiempo, para el espectador sensible, y éste es, ahora, para el sabedor del suceso, el más fino y dolorido matiz de la tragedia.

FERNANDO PEREZ MARQUES

ACORDE LIRICO

III

¡Ay, que miedo me da de las palabras!

No hay nada comparable

al augusto silencio de dos almas.

PEDRO ROMERO MENDOZA



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres.—Patio de la Casa de los Pereros